

—Pues tendrá usted que inventar una disculpa para que sir Henry vaya solo. Eso se arreglará fácilmente. Y ahora, si bien llegamos tarde para comer, creo que estamos dispuestos para cenar.

La impresión de sir Henry al ver á mi amigo Holmes fué más bien de alegría que de sorpresa, pues ya hacía días esperaba que los recientes acontecimientos le harían venir de Londres. Lo que si le extrañó mucho fué que Holmes no trajera equipaje ni diera explicación ninguna de por qué no lo traía. Entre los dos no tardamos en proporcionarle lo que necesitaba, y mientras cenábamos referimos á sir Henry todo lo que creímos conveniente que supiera de nuestra aventura; pero antes me impuse yo la desagradable tarea de comunicar la muerte de Seldon á Barrymore y su esposa. Para el primero sería tal vez una incomparable satisfacción, pero su mujer lloró amargamente. Para todo el mundo fué Seldon un hombre violento, medio fiera y medio demonio; mas para ella fué siempre el niño de su juventud, el niño mimado que tantas y tantas veces había recibido sus caricias. Malo, muy malo ha de ser el hombre que no tenga una mujer que le llore.

—He pasado un día aburridísimo—dijo sir Henry.—Desde que Wastson se fué esta mañana no me he movido de casa. Creo que bien merezco saber algo, aunque sólo fuese por haber cumplido mi pro-

mesa. Si no hubiera dado palabra de no salir solo al páramo me hubiese podido divertir un poco, porque Stapleton me mandó recado para que fuese á pasar el rato allá.

—¡Y tanto como se hubiera usted divertido!— contestó Holmes muy secamente.—Y á propósito, lo que menos supondrá usted es que hemos estado llorándole creyendo que se había roto el cuello.

Sir Henry nos lanzó una mirada de curiosidad.

—¿Cómo ha sido eso?—preguntó.

—Porque Seldon estaba vestido con ropas de usted. Mucho temo que su criado se vea comprometido en el proceso.

—No es de creer, porque ninguna prenda llevaba iniciales ni marca.

—Pues es una suerte para él, mejor dicho, para todos ustedes, puesto que todos han ido contra la ley. Seguro estoy de que, como agente recto y celeso, mi primer deber sería el de detenerles á todos. Los relatos de Watson son documentos criminosos.

—Bueno; ¿pero y qué me dice usted de la cuestión mía?—preguntó sir Henry.—¿Ha conseguido desenredar algo de la enmarañada madeja? Porque lo que es Watson y yo creo que estamos tan enterados como el día de nuestra llegada.

—Se me figura que no tardaré mucho en desembrollar el misterio. Ha sido una cuestión difícil y complicadísima. Todavía quedan algunos puntos oscuros; pero ya van, ya van aclarándose también.

—Supongo que Watson le habrá contado ya lo

que nos sucedió á los dos. Hemos oído al perro, y puedo jurar que aquellos aullidos no eran una su-perchería. En América he visto muchos perros, y conozco muy bien el aullido de un perro cuando le oigo. Si consigue usted ponerle el bozal y encadenar á éste le tendré por el *detective* más hábil del mundo.

—Creo que, si usted me ayuda en lo que puede, no tardaré en hacerlo.

—Me tiene á sus órdenes.

—Pues quisiera que obedeciese usted ciegame-nte y sin dirigirme ni la menor pregunta.

—Como usted lo desee.

—Haciéndolo así, el problema quedará resuelto muy pronto. Creo que...

Calló de repente, mirando con fijeza al espacio por encima de mí. La luz del quinqué daba de lleno en su rostro, y tan intensa era la mirada, tan inmóviles las facciones, que su cara parecía la de una estatua clásica, en la que estuvieran personificadas la diligencia y la expectación.

—¿Qué le pasa á usted—preguntamos los dos.

Cuando bajó la vista comprendí que reprimía una fuerte emoción eterna. Las facciones permanecieron inalterables, pero los ojos brillaban con alegre exaltación.

—Dispense usted la admiración de un aficiona-do—exclamó indicando con la mano la fila de re-tratos de familia que adornaban la pared.—Watson asegura que soy un ignorante en asuntos de arte.

pero es envidia, porque son distintas nuestras opiniones. Esa es una magnífica serie de retratos.

—Me alegro saberlo—repuso sir Henry mirando á Holmes con sorpresa.—Yo no entiendo ni jota de estas cosas, y conozco mejor el valor de un caballo ó un buque que el de un cuadro. No creí que tuviera usted tiempo para pensar en el arte.

—Por lo menos sé apreciar una cosa buena cuando la veo, y la estoy viendo ahora. Juraría que aquella señora vestida de azul es un Kneller, y ese caballero grueso, de peluca blanca, debe de ser un Reynolds. Serán todos retratos de familia, ¿verdad?

—Todos.

—¿Conoce usted los nombres?

—Barrymore me ha aleccionado en ellos, y creo que los recuerdo bastante bien.

—¿Quién es el caballero del telescopio?

—El almirante Baskerville, que sirvió en las Antillas bajo las órdenes de Rodney. El de levita azul, que lleva un rollo de papeles en la mano, es William Baskerville, presidente que fué de la Comisión de Consejos de la Cámara de los Comunes, bajo las órdenes de Pitt.

—¿Y ese caballero vestido de terciopelo negro con encajes?

—Ese es Hugo, la causa de todos los males que viene sufriendo nuestra familia; el que estrenó, por decirlo así, el perro de los Baskervilles. No le olvidaremos fácilmente.

Contemplé el retrato con invencible curiosidad.

—¡Y tan humilde y pacífico como parece, aunque es verdad que en los ojos hay una expresión muy viva! Yo me lo había figurado más fuerte, más robusto y de facciones más varoniles.

—De la autenticidad no se puede dudar. El nombre y la fecha (1647) están escritos en el lienzo.

Calló Holmes; pero el retrato del malvado Hugo parecía fascinarle, pues apenas si apartó la vista del cuadro durante el tiempo que permanecemos en el comedor. Más tarde, cuando ya sir Henry se había retirado á su cuarto, fué cuando me lo explicó. Llevando en la mano la palmatoria me condujo de nuevo al comedor; y acercando la luz al cuadro me dijo:

—¿Ve usted algo de particular en ese cuadro?

Examiné el ancho sombrero de plumas blancas, los largos bucles, el cuello de encaje y el rostro de correctas facciones que encerraba el cuadro. El semblante no revelaba pasiones violentas, pero la expresión era dura, severa y resuelta, la boca firme y de labios delgadísimos y la mirada fría é irresistible.

—¿Se parece á alguien á quien conoce usted?—preguntó Holmes.

—En la forma de la boca hay alguna semejanza con sir Henry.

—Muy poca. Pero espere usted un momento.

Holmes se encaramó en una silla, y teniendo la luz en la mano izquierda cubrió con el brazo derecho el sombrero y los bucles.

—¡Cielos!—exclamé lleno de asombro.—¡La cara de Stapleton!

—¡Hola, hola! Ahora lo ve usted, ¿verdad? Mis ojos, querido Watson, están acostumbrados á examinar las caras y no los adornos. Una de las cualidades más necesarias en el investigador de crímenes debe ser la de poder penetrar un disfraz.

—¡Pero esto es maravilloso!—dije sin salir de mi asombro.—Parece su mismo retrato.

—Sí, es muy parecido, tanto física como espiritualmente—repuso Holmes.—No cabe la menor duda de que este individuo es un Baskerville.

—¿Con propósito de herencia?

—Naturalmente. Esta casualidad del retrato nos proporciona uno de los eslabones que faltaban en la cadena del misterio. ¡Ya ha caído, Watson! Y me atrevo á asegurar que, antes de que anochezca el día de mañana, revoloteará prendido en las mallas de mi red, como revolotean las mariposas en la suya. Un alfiler, un corcho y un cartón y le añadiremos á nuestra colección de Baker Street.

Al bajar de la silla Holmes lanzó una carcajada como la que yo le había oído más de una vez, y que siempre era precursora de algún triunfo esperado.

A la mañana siguiente me levanté muy temprano, pero más había madrugado Holmes, porque, mientras yo me vestía, le ví venir por la avenida.

—Sí, hoy tendremos un gran día—exclamó, frotándose las manos de gusto.—Las redes están tendidas y ahora comienza el arrastre.

—¿Ha estado usted en el páramo?—pregunté.

—Sí, acabo de comunicar la muerte de Seldon á las autoridades de Princetown. Puedo asegurar que no les molestarán á ustedes. He comunicado también con mi fiel Cartwright. El pobre se moriría de pena en la puerta de mi choza si no le tranquilizara enviándole noticias mías.

—¿Y qué piensa usted hacer ahora?

—Ante todo, verme con sir Henry. ¡Ah! Ya está aquí.

—Buenos días, Holmes—exclamó el barón.—Parece usted un general formando sus planes para la batalla en compañía de su ayudante.

—Precisamente así es, sir Henry. Watson espera mis órdenes.

—Lo mismo hago yo.

—Muy bien. Tengo entendido que está usted invitado á comer en casa de Stapleton esta noche.

—Sí; venga usted también, Holmes. Son muy cariñosos y hospitalarios, y seguro estoy de que se alegrarán de que vaya.

—Lo siento, pero Watson y yo tenemos que ir Londres.

—¿A Londres?

—Sí. Precisamente hacemos falta allí hoy.

Sir Henry le dirigió una mirada de disgusto. —Creí—dijo—que pensaba usted acompañarme hasta aclarar el misterio. Ni el castillo ni el páramo son sitios muy alegres para estar solo.

—Mi querido sir Henry, es necesario que tenga

usted completa confianza en mí y que haga al pie de la letra cuanto yo le encargue. Dirá usted á sus amigos que hubiéramos tenido sumo gusto en acompañarle, pero que asuntos urgentísimos reclaman nuestra presencia en Londres, y que, esto no obstante, pensamos volver dentro de unos días. ¿Se acordará de decir esto?

—Si tiene usted empeño en que lo diga, lo diré.

—Es preciso de todo punto que lo diga.

Por el entrecejo que puso sir Henry comprendí que estaba disgustadísimo con lo que él consideraba abandono por nuestra parte.

—¿Cuándo quiere usted marchar?—preguntó con cierta frialdad.

—Inmediatamente después de tomar el desayuno. Iremos en coche hasta Coombe Tracey, pero Watson dejará aquí su equipaje como señal de que volverá pronto. Watson, usted enviará á los Stapleton una cartita diciendo que siente no poder ir esta noche, según había prometido.

—Me dan ganas de ir yo también á Londres—dijo sir Henry.—¿Por qué he de quedarme aquí solo?

—Porque este es su puesto y porque prometió hacer lo que yo le mande, y le mando que se quede.

—Bueno, me quedaré.

—Mi última indicación. Quiero que vaya usted á Merripit House en coche; pero mandará al cochero á casa, y hará entender á los Stapleton que tiene intención de regresar á pie.

—¡A pie por el páramo!

—Sí.

—¡Pero si precisamente es lo que tantas y tantas veces me ha aconsejado usted que no haga!

—No importa. En esta ocasión lo puede usted hacer con toda tranquilidad. Si no tuviera confianza en su valor y en sus fuerzas no se lo aconsejaría á usted, pero es preciso que así lo haga.

—Está bien, lo haré.

—Y por lo que aprecie usted la vida, no se aparte del sendero que directamente conduce desde Merripit House á Grimpen. Al mismo tiempo es el mejor camino para llegar al castillo.

—Lo haré tal y como usted me lo indica.

—Muy bien. Y ahora quisiera marchar en seguida á Londres, á fin de estar allí en las primeras horas de la tarde.

El plan me dejó asombrado. No podía yo explicarme, por más que había oído á Holmes decir á Stapleton que pensaba marchar al día siguiente, cómo podríamos ausentarnos los dos precisamente en el momento que más necesaria iba á ser allí nuestra presencia. Pero no había más remedio que obedecer ciegamente.

Nos despedimos de nuestro amigo y dos horas más tarde nos hallábamos en la estación de Coombe Tracey. Una vez allí despachamos al coche de regreso al castillo y nos dirigimos al andén, donde esperaba un muchacho.

—¿Manda usted algo, señor?—preguntó.

—Sí. En este mismo tren irás á Londres, Cartwright, y en cuanto llegues pondrás un telegrama en mi nombre á sir Henry diciéndole que, si ha visto la cartera que se me cayó, me la envíe, certificada, por el correo á Baker Street.

—Está muy bien, señor.

—Y ahora pregunta ahí en las oficinas si hay algo para mí.

El muchacho regresó poco después, trayendo en la mano un paite telegráfico. Lo leyó Holmes, y luego me lo dió á mí para que me enterase. Decía así: «Recibido parte. Vengo con auto sin firma. Llegaré á las 5-40.—Lestrade.»

—Es la contestación al mío de esta mañana—dijo Holmes.—Lestrade es uno de los mejores agentes y es posible que necesitemos sus servicios. Y ahora, Watson, no podemos emplear el tiempo mejor que visitando á Laura Lyons.

Ya empezaba á conocerse el plan. Por medio de sir Henry haría creer á los Stapleton que habíamos marchado á Londres, mientras que en realidad regresaríamos en el momento crítico. El telegrama expedido en Londres, si acaso llegara sir Henry á mencionarlo en presencia de los Stapleton, acabaría de convencerles de nuestra ausencia.

Laura Lyons estaba en su despacho, y Sherlock Holmes comenzó la entrevista con una sencillez y una franqueza que la dejaron pasmada.

—Estoy investigando las circunstancias que concurrieron en la muerte de sir Charles—dijo.—Mi

amigo el doctor Watson, aquí presente, me ha informado, no sólo de cuanto usted le comunicó, sino también de lo que le ha ocultado referente al asunto.

—¿Y qué es lo que yo he ocultado?—preguntó la señora con frialdad.

—Ha reconocido usted haber citado á sir Charles las diez de la noche en el portillo de la avenida que da al páramo, y sabemos también que esas fueron la hora y el sitio en donde halló la muerte. Lo que ha ocultado usted es la relación que existe entre esas dos cosas.

—No hay relación ninguna.

—En ese caso sería una coincidencia singularísima, pero no creo que tardaremos en establecer la relación. Quiero hablar á usted con toda franqueza, señora. Bien seguros estamos de que se trata de un crimen, y también de que la evidencia comprometerá, no sólo á su amigo Stapleton, sino también á la esposa de éste.

La señora saltó de la silla, poniéndose en pie.

—¡Su esposa!—exclamó.

—No es ya ningún secreto. La persona que aquí pasa por ser su hermana es, en realidad, su mujer.

Mistres Lyons volvió á sentarse. Apretaba los brazos de las sillas con tanta fuerza, que todo el color sonrosado de las uñas desapareció.

—¡Su mujer!—volvió á decir—¡su esposa! ¡Imposible! Stapleton es soltero.

Sherlock Holmes se encogió de hombros.

—¡Las pruebas! ¡Deme usted las pruebas! Y si comprendo que es cierto...

La feroz mirada de sus ojos dijo más que lo que hubieran podido decir sus labios.

—Precisamente las traigo con toda idea—repuso mi amigo sacando del bolsillo unos papeles.—Aquí tiene usted una fotografía del matrimonio, sacada en Nueva York hace cuatro años. Su nombre aquí es Vandeleur, pero ninguna dificultad hallará usted en reconocerle á él, y también á ella, si la ha visto alguna vez. Aquí hay tres documentos, escritos por personas de buena fe, dando todas las señas del matrimonio. Léalos usted y dígame después si aún se puede dudar de la identidad de esta gente.

Les echó una mirada y levantó luego la cabeza para mirarnos con toda la expresión de una mujer desesperada.

—Sr. Holmes—dijo—este hombre me ha dado palabra de casamiento para el instante en que yo pudiera obtener el divorcio. ¡Me ha engañado, infame, me ha engañado de una manera inconcebible! ¡Ni una palabra de verdad ha salido de sus labios! ¿Y todo para qué? Para hacer de mí el instrumento con que realizar sus inícuos planes. ¿Por qué he de serle fiel cuando él no lo ha sido para mí? ¿Por qué he de protegerle contra las circunstancias de sus villanías? Pregúnteme usted todo cuanto quiera, que yo prometo no ocultar nada absolutamente. Una cosa juro, y es que, cuando escribí esa carta á sir Charles, no soñé siquiera que pudiese ser la causa de algún

mal para el pobre señor, que por cierto fué un verdadero amigo.

—Lo creo, señora—dijo Holmes.—Y como no dudo que le será penoso repetir las circunstancias de la tragedia, yo las referiré. Si en algo me equivoco, puede usted corregirme. ¿Stapleton fué el que propuso á usted enviar esa carta?

—El mismo la redactó.

—Según él, viéndose usted personalmente con sir Charles sería más fácil obtener lo necesario para los gastos legales del divorcio.

—Justo.

—Y después de enviar la carta, ¿la disuadió á usted de que acudiera á la cita?

—Dijo que su honor no podía permitir que otro me diera fondos para semejante cosa, y que, aunque era pobre, dedicaría hasta el último céntimo á echar un lado los obstáculos que nos separaban,

—Parece ser de tesón. Y después ¿no volvió usted á saber nada hasta que leyó en los periódicos la noticia de la muerte de sir Charles?

—Nada.

—¿Y él la hizo prometer á usted que guardaría silencio acerca de la carta dirigida á sir Charles?

—Así fué. Dijo que la muerte era misteriosa y que las sospechas recaerían en mí si se llegaba á saber lo de la carta. Tanto me asustó, que resolví callarme.

—Lo comprendo. Sin embargo, ¿sospechaba usted algo?

Bajó la cabeza y calló.

—Le conozco muy á fondo—dijo á los pocos instantes.—Aunque, si no me hubiera engañado, no le hubiese descubierto jamás.

—Creo que, bien mirado, ha sido usted mujer de suerte. Ha tenido en su poder á Stapleton; lo sabía él, y, sin embargo, vive todavía. Hace meses, señora, créame usted, porque es lo cierto, camina al borde del precipicio. Pues bien, ya no hay más que hablar; nos retiramos, pero es probable que pronto volvamos á vernos.

Y salimos.

—El asunto se va redondeando; un problema tras otro se desvanece y todo va quedando claro como la luz del día—dijo Holmes cuando en el andén esperábamos la llegada del expreso de Londres. Muy pronto podré hacer una sencilla relación de uno de los crímenes más sensacionales y singulares de los tiempos modernos. Es único en su clase. Ni ahora pudiéramos procesar á ese astuto hombre; pero mucho me equivocaré si antes de la noche de mañana no tenemos en nuestras manos todas las pruebas necesarias.

Llegó el expreso y se apeó de un coche de primera un hombre de estatura baja, delgado y nervioso, aunque de aspecto firme y resuelto.

Nos saludamos, y en la manera como Lestrade (pues era él), miraba á mi amigo comprendí en seguida que había aprendido mucho desde la última vez que trabajaron juntos. Bien recuerdo el despre-

cio con que trataba el hombre práctico las teorías del razonador.

—¿Hay algo de nuevo?—preguntó.

—Lo mejor que se ha conocido hace años—repuso Holmes.—Tenemos dos horas disponibles antes de ponernos en camino, y entonces, Lestrade, le extraeremos de la garganta las telarañas de Londres, haciéndole respirar el aire puro y sano de Dartmoor. ¿Qué nunca ha estado allí? Pues creo que no se le ha de olvidar la primera visita